

Noche en el Maestrazgo
Erizo

NOCHE EN EL MAESTRAZGO

Definitivamente la noche ya no sabe guardar un secreto. No es que el amor sea ciego, pero nubla bastante los sentidos. Todos le decían a Chus que había ido a enamorarse del hombre que menos le convenía, Paco Vallejo, el hijo de un conocido republicano, fusilado pocos meses después, durante los últimos días de la guerra.

Finalizada la contienda, Ignacio, el padre de Chus, fue nombrado alcalde de Zorita, ya que, según el Gobernador de Castellón, era la persona adecuada, económica e ideológicamente hablando, y además la única del pueblo que tenía un automóvil.

El día antes de que se instalara la Guardia Civil en el pueblo, Chus se despidió para siempre de Paco Vallejo, que, para no llegar al mismo final que su padre, se vio forzado a huir al monte con los maquis; conocían muy bien esa zona del Maestrazgo y mientras no merodearan por las cercanías de los pueblos importantes o se les ocurriera adentrarse en Teruel y bajar de las montañas hacia Calanda o Alcañiz sería imposible que los localizaran.

El alcalde, de boca de su hija Chus, fue el primero que se enteró de la ruptura —¿Te ha contado dónde iba? ¿Al norte hacia Alcañiz?— y se alegró de su sensatez, porque...

— Tú no puedes festear con un novio que en cualquier recodo de la carretera, mientras yo esté yendo hacia Morella o hacia Castellón, me pegue cuatro tiros y me deje tirado en la cuneta como un perro — le advirtió el padre.

— Ya no es mi novio; para eso tendría que haberse quedado en el pueblo, pero entonces tú te hubieras visto obligado a entregarlo a la Guardia Civil — replicó Chus con vehemencia.

— Bien —dijo el padre muy contento— eso ahora no importa; mañana mismo sin falta iré con el coche a Morella y te compraré la bicicleta que tantas veces has deseado, desde que te robaron la que tenías.

La bicicleta era el sueño de Chus, pero tuvo que esperar una semana, porque su padre no encontró ninguna ni en Morella, ni en Alcañiz, ni en Andorra. Cuando ya estaba dispuesto a bajar hasta Castellón para efectuar la compra, la Guardia Civil, le notificó que había una en Calanda. Y Chus tuvo su bicicleta, una Orbea nuevecita, de color verde oliva.

Pasaron más de tres meses antes de que Ignacio descubriera que su hija Chus, hacía paseos en bicicleta de tres o cuatro horas; y transcurrieron otros tres meses más hasta que se diera cuenta de que desaparecía algunas noches, cuando todos estaban durmiendo, y no volvía hasta poco antes del amanecer.

Se propuso vigilarla sin decir nada a nadie, y sobre todo sin que Chus tuviera la más mínima sospecha de que lo sabía.

Ignacio, como padre, pensó de inmediato en lo peor –se sigue viendo con Paco Vallejo–; pero como alcalde maquinó lo mejor para sus intereses políticos –mi hija me llevará a su escondite, lo notificaré a la Guardia Civil para que lo detengan y lograré un pequeño triunfo político–; era una ocasión que no podía desaprovechar.

Averiguó que, más o menos cada quince días, se fugaba de casa dos noches seguidas. Planificó con cuidado la persecución nocturna. No podía llevarla a cabo con el coche porque se daría cuenta enseguida de que la seguían, y tampoco sabía si iba por la carretera o si se desviaba por cualquier camino de montaña, por donde el coche no podía circular. Si iba tras ella a pie, lo más seguro es que antes de un kilómetro la perdiera de vista, con lo que el seguimiento se convertiría en un rotundo fracaso. La solución pasaba por utilizar otra bicicleta. Habló con el cartero que repartía las cartas en Zorita y también en Forcall. Quedaron en que al final del día el cartero guardaría la bicicleta en el ayuntamiento, por si él necesitaba usarla por la noche para un asunto oficial. A la mañana siguiente, antes de empezar el reparto del correo, la tendría siempre disponible.

Aquella noche de principios de noviembre, bastante fría en el Maestrazgo, Chus metió una manta morellana en la mochila y hacia las once de la noche –en casa se acostaban a las diez– salió sigilosa de su casa. Su padre la espiaba desde la ventana del dormitorio. De momento iba a pie y empujaba la bicicleta hacia el otro lado de la calle. Chus se montó decidida y giró por la primera esquina hacia el único destino posible, la carretera de Aguaviva. Ignacio bajó rápidamente de su habitación, salió de casa, se dirigió al ayuntamiento y recogió la bicicleta del cartero. Le llevaría escasamente trescientos metros de ventaja, la distancia ideal para poder seguirla. Al salir del pueblo, vio enseguida la tenue luz de la bicicleta de su hija. Él no podía poner la dinamo; tenía que ir sin luz para no ser visto. Por suerte, la luna de cuarto creciente iluminaba lo suficiente la carretera, como para no correr

peligro de irse de bruces a la cuneta. Su hija iba más rápido de lo que creía, así que tuvo que acelerar el pedaleo para no quedarse rezagado y perderla. El amor –pensó– le da fuerzas, de lo contrario no me explico cómo corre tanto.

Ella iba hacia un secreto conocido y deseado; él se imaginaba que corría en pos de una certeza, al encuentro con Paco Vallejo, cuya captura organizaría al día siguiente con la Guardia Civil, con la consiguiente felicitación del Gobernador y la envidia del alcalde de Morella. Pero ahora no era cuestión de soñar en el triunfo, sino de no distraerse. Al pasar por delante del santuario de la Mare de Deu de Balma, en una zona de curvas, la persiguió a ciegas porque era imposible verla.

Ya estaban en la provincia de Teruel y faltaban unos cuatro kilómetros para llegar a Aguaviva. Tenía que seguirla más de cerca porque al salir de Aguaviva había un cruce de carreteras y podía despistarse. Pedaleó con fuerza hasta que la tuvo a doscientos metros al entrar en el pueblo. Ella se detuvo un instante a colocarse bien la bufanda, pero siguió enseguida su marcha. Al llegar al cruce, Chus paró en seco y se bajó de la bicicleta. Ignacio echó pie a tierra y se agachó en la cuneta para no ser visto. No sabía qué pensar. ¿Estaba Chus dudando si ir hacia La Ginebrosa, La Cañada y Torrevelilla o seguir en dirección a Mas de la Matas? Tenía la seguridad de que en los largos paseos que su hija realizaba durante el día, había venido hasta aquí más de una vez.

Habían recorrido los veintiún kilómetros que los separaban desde Zorita en poco más de una hora y cuarto; muy rápido si no se está acostumbrado. Él estaba casi agotado. Sacó del bolsillo de la gabardina un pequeño termo con café y a pequeños sorbos se bebió la mitad. Le pareció ver que Chus revolvía en la mochila y sacaba algo. Por la manera de llevarse las manos a la cara dedujo que estaba reponiendo las fuerzas con un bocadillo. De repente, a lo lejos vio los destellos de otra bicicleta que se acercaba. Sin duda era Paco Vallejo. Mantuvo la respiración y se pegó al suelo. Pudo ver perfectamente cómo se abrazaban. Desde allí era imposible distinguir las caras; tenía la certeza de que era su hija porque la había seguido desde casa, pero reconocer a Paco Vallejo con tan poca luz y a esa distancia... Enseguida se rompió el abrazo y las dos bicis partieron en dirección a La Ginebrosa. Aguardó unos segundos antes de levantarse. No tuvo que seguirlos mucho tiempo porque al llegar a las cercanías del río Bergantes se salieron de la carretera y por un camino llegaron hasta una caseta de campo abandonada, en la misma orilla del río. No podía acercarse mucho; además, tenía que esconder la

bicicleta para que no la vieran y el único sitio con una cierta espesura de árboles y setos altos estaba alejado de la casa y del camino casi cien metros. Observó como su hija y ¿Paco Vallejo? dejaban las bicicletas apoyadas en la pared de la fachada de la caseta y no vio nada más porque una nube ocultó en ese instante la luna. Aprovechó la repentina oscuridad para esconder la bicicleta del cartero.

El ventanuco de la caseta se iluminó como por arte de magia. Habían traído una lámpara de carburo. Se sentó en el suelo, apoyó la espalda en el tronco de un árbol y se dispuso a esperar.

A la noche siguiente se repitió la salida, la persecución a la luz de la luna, la parada en el cruce de Aguaviva, el abrazo fugitivo y el final en la caseta junto al río. Por su altura y complexión estaba casi seguro de que era Paco Vallejo. Al cabo de cinco minutos llegaron dos Guardias Civiles de Torrevellilla y dos de Zorita. Ignacio quería pasar desapercibido y que su hija no la viera; y sobre todo, que no supiera que estaba implicado en la detención.

- ¿Cómo ha dicho que se llama? –preguntó el sargento de la Guardia Civil de Torrevellilla.
- Paco Vallejo –contestó Ignacio.
- Tendrá que reconocerlo.
- Sí, pero primero dejáis marchar a mi hija.

La lámpara de carburo estaba encendida. La puerta de la caseta estaba mal cerrada y dejaba pasar una cortina de luz. Tenían que ir en silencio y con precaución; seguro que Paco Vallejo tenía la pistola a mano o debajo de la almohada o de la manta.

El Sargento, con sorprendente rapidez, entró el primero y apuntando con el fusil le conminó:

- ¡En pie, Paco, ponte de cara a la pared y con las manos en alto!
- ¡A la orden, mi sargento, pero no sé por que me detienen! – explicó el joven medio desnudo.
- ¡No es Paco Vallejo, no es Paco Vallejo! – gritó Chus asustada, mientras se ponía la falda.
- Y entonces ¿quién eres? – preguntó el sargento, mientras le ponía el cañón del fusil en la espalda – porque ¿te llamas Paco, no?
- ¡Sí, me llamo Paco, pero soy Paco Ramírez, guardia civil destinado al cuartel de Calanda, mi sargento!